

autoridades de mas de cien escritores de la antigüedad, hace palpar lo falso y absurdo de las opiniones filosóficas acerca del culto de Dios, del orden de la providencia, de la creacion del mundo, de la naturaleza del hombre y los principios de las cosas existentes. Despues comparando los legisladores profanos con los Apóstoles, los oráculos de los falsos dioses con los Profetas, y la virtud de los héroes infieles con la de los siervos de Jesucristo, manifiesta la admirable superioridad de estos sobre todos los otros, con una fuerza, exactitud y abundancia de elocucion, que en nada cede á quanto hay de la sabia antigüedad.

54. Hacian los mismos esfuerzos en el Occidente la idolatría y la supersticion para renacer y perpetuarse; por las homilias de San Pedro Crisólogo nos consta, que el abuso llegaba hasta honrar en público los falsos dioses con algunas ceremonias profanas, como la de disfrazarse el primer dia de Enero, y correr por las calles con un tumulto insensato y una licencia del todo pagana. Habia llegado el desorden á tal extremo, que estas impiedades las cometian impunemente á vista de la corte y en la ciudad imperial de Ravena, á pesar de las reclamaciones del elocuente y piadoso Crisólogo. Habiale colocado el Papa San Sisto como por inspiracion en aquella gran Silla, prefiriéndole, aunque era diácono de otra Iglesia y por consiguiente contra el uso acostumbrado, al sugeto que se le presentaba para ser confirmado. No se frustraron las esperanzas del Pontífice, pues

con todas las cualidades eminentes del episcopado, se distinguió por una elocuencia que le dió un sobrenombre tan honroso como á San Crisóstomo; aunque estos honores eran merecidos de tan distinto modo, quanto era diverso el gusto de los pueblos que los tributaban. En mas de ciento sesenta homilias que nos han quedado de San Pedro Crisólogo en gran manera respetables, ya por el fondo de las cosas ó por su erudicion, solo se observa en quanto al estilo la profusion de grandezas y los juegos de las palabras; pero esto era conforme á la degradacion del gusto de los latinos, cuyos vicios combatió no obstante con grande fruto.

55. Adorábase en Cartago á la diosa Celeste con Jesucristo, y muchos ciudadanos al salir de los sacrificios idolátricos iban á la Iglesia á participar de los santos misterios del altar; y para colmo de este escándalo, los mas grandes y mas ricos eran los que le daban. El pueblo generalmente tenia aversion á los egercicios del cristianismo que violentaban sus pasiones, y mostraba una indiferencia que rayaba en odio en algunos puntos. La vista de los solitarios, tan respetables en otro tiempo, solo inspiraba la irrision, y algunas veces los arrebatos de la insolencia y el furor. Eran mandados los egércitos Romanos por Generales paganos, y apenas conocian á sus débiles Emperadores, á quienes dejaban el vano poder de promulgar leyes de que los Grandes se dispensaban.

Litorio, el segundo hombre del Imperio despues de Aecio á lo menos en las Galias, se habia infatua-

do tanto en los delirios del paganismo, y en las visiones de sus augúres y arúspices, que fiado en la promesa que le hicieron de los favores constantes del triunfo, contra todas las reglas de la política y de la mas comun prudencia no quiso componerse con unas condiciones las mas ventajosas con la nacion de los Godos que acababa de vencer, y habiéndolos impelido á la desesperacion en otro ataque quedó él mismo derrotado del todo con las tropas auxiliares de los Hunnos idólatras como él, y los principales autores de su profana esperanza (1). Por el contrario, el Rey de los Godos solo habia puesto su confianza en el verdadero Dios á quien adoraba. Se cubrió de su cilicio, pasó en oracion la noche anterior á la batalla, sin interrumpirla hasta entrar en la lid, en la que alcanzó la mas gloriosa victoria (*).

Era tambien idólatra Ciro que mandaba en África.

(1) *Prosp. Chronie.*

(*) Estas palabras del autor parecen suponer una verdadera piedad en Teodoredo, Rey de los Godos, cuando es cierto que él y toda su nacion profesaban el mas obstinado y furioso arrianismo. Desde el reinado de Atanarico, y en el tiempo en que los Godos se fijaron en la Tracia ajustadas paces con el Emperador Valente, fueron imbuidos en la heregia por Úlfilas su Obispo, segun se dijo en el lib. 9, núm. 112; y no abjuraron este error hasta el reinado de Recaredo en el año 589. Por donde, aunque Teodoredo invocó á Dios la vispera de la memorable jornada de Narbona, no se debe inferir que los Godos fuesen entonces Católicos. Las causas y éxito de esta guerra se pueden ver en nuestros historiadores, singularmente en el P. Mariana, lib. 5. y en Ferreras tom. 3, sigl. 5.

ca, y sin mas talento que el de poeta, habia llegado á las dignidades de Cónsul, Patricio y Prefecto del Pretorio (1). Despues sufrió una desgracia que le fue infinitamente mas ventajosa que estas decoraciones pasajeras, por los motivos poderosos que le dictó para conocer la vanidad de todas las grandezas del mundo. Abjuró con ellas el paganismo, abrazó con sinceridad la fe y llegó á ser Obispo: elevacion tranquila y esenta de sobresaltos, y mas acomodada á su carácter que el tumulto y los riesgos de la guerra.

56. Mandando él quitaron los Vándalos la ciudad de Cartago á Valentiniano, y poco despues lo demás del África. Aunque eran hereges estos bárbaros, sirvieron á la Religion con mas eficacia que los Romanos; pues pronto arruinaron los templos de los ídolos y todos los vestigios de la idolatría que habia en aquella provincia. Mas así que su Rey Genserico creyó tener su dominio bien establecido, quiso tambien establecer su religion que era el arrianismo, y quitar la fe católica en todas las tierras de su obediencia. Primerò saqueó las ricas Iglesias de la capital, destinando la mayor parte á usos profanos, y reservando la catedral para los egercicios de la religion arriana. Mandó embarcar al Obispo llamado *Quod-vult-Deus*, con la mayor parte de sus clérigos en unas barcas ruines que hacian agua por todos lados; sin embargo llegaron á Nápoles, en donde fueron recibidos como confesores. Reanimáronse los Donatistas que habian quedado en África, viendo á sus antiguos enemi-

(1) *Evagr. lib. 1. hist. cap. 6.*

gos hechos víctimas de los bárbaros, y se reunieron á los Arrianos para perseguirlos. Entanto que tenían escrúpulo de comunicar con los Católicos por algunas soñadas relajaciones en la disciplina, contrajeron la unión mas estrecha y abominable con unos hereges, cuyas impiedades odiaban. En esta persecucion fueron señalados entre los demás por sus grandes padecimientos, los Obispos Novato, Severiano, y Posidio el amigo célebre de San Agustín; porque se vieron echados de sus Iglesias y aun de todas las ciudades, sin que nunca vacilase su constancia.

Arcadio, Probo, Pascasio y Eutiquio, todos cuatro españoles, que ciertamente eran de los que habian seguido la fortuna de Genserico cuando pasó de España al África, como sugetos de mucho ingenio y fidelidad disfrutaban del mayor favor con el Príncipe bárbaro. Convencido este de que le estimaban, y de que sus beneficios le daban derecho para exigir de ellos lo que quisiese, les ordenó hacerse Arrianos; lo que rehusaron intrépidamente. Arrebatado de furor Genserico los condenó al punto á muerte, lo que despues cambió en destierro; pero mudando súbitamente de pensamiento, segun los antojos de su cólera, los hizo á todos cuatro espirar con los mas horribles tormentos, pero cada uno de un modo diverso. Los Mártires tenían aun otro hermano jóven, de una presencia en extremo atractiva, y de una viveza de espíritu que muchas veces habia divertido al Rey (1). Quiso corromper la fe de este jóven sin po-

(1) *Prosp. Chronic. ann. 437. Sab. lib. 2. cap. 167.* (1)

der lograrlo, y despedido Genserico le condenó á la mas vergonzosa esclavitud, despues de haberle hecho dar de palos tan cruelmente, que solo pudo reprimir el temor de que espirase con los golpes ó de parecer menos dueño de sí mismo que un muchacho (*).

Por mas formidable que se mostrase el cruel Vándalo en todas las estensiones del África, hubo no obstante Obispos Santos en Mauritania que escribieron fuertemente contra el arrianismo. Escribió Antonino de Constantino una carta admirable al mártir Arcadio, de quien acabamos de hablar, para sostener su constancia en el destierro. Tambien en la Mauritania Víctor de Cartagena, tuvo suficiente ánimo para presentar al Rey mismo un escrito considerable que acababa de dar á luz contra los Arrianos. Con igual celo Cereal y Voconio Obispos, uno de Castilla y otro de Castellana en la misma Provincia, escribieron tambien contra los Arrianos. Diéronse á luz otros muchos libros contra esta heregia en aquellas circunstancias, aunque no sabemos quiénes fuesen sus autores.

(*) No se puede dudar que los cinco mencionados Mártires fuesen Españoles; así lo afirma San Próspero en su crónica al año 437, de quien lo han tomado todos los historiadores. El último de estos gloriosos atletas llamado Paulilo, era hermano solamente de Pascasio y Eutiquio, y no de los otros dos; y si bien es verdad que no murió en los tormentos, no por ello deja de ser venerado como un Mártir con sus cuatro compañeros; cuya memoria celebran los martirologios el dia 13 de Noviembre, apellidándolos las primicias de los Mártires de la persecucion Vándalica.

57. Empero la mas persuasiva elocuencia, la admirable paciencia de los Católicos, los milagros mismos que hizo el cielo para justificarla, lejos de suavizar el ánimo de Genserico, solo sirvieron para hacerle mas implacable con los adoradores del Dios hecho Hombre (1). Viéndose el Príncipe Arriano despues de la toma de Cartago dueño de toda el África, á escepcion de algunas provincias distantes mejor defendidas por su esterilidad y pobreza que por las armas de Valentiniano, se atribuyó las propiedades de la provincia Bizacena, de la Abatana, de la Getulia, y de una parte de la Numidia, y repartió á su ejército las tierras de la Zeugitana y de la provincia Proconsular. Genserico obligó en estos dominios y en los inmediatos, so pena de muerte, á los sacerdotes y Obispos á entregar los vasos y ornamentos con los libros eclesiásticos; y la debilidad de los ministros prevaricadores no le impidió el echarlos despues de sus Iglesias. Exigió de sus vasallos que espeliesen tambien á los Pastores Católicos despues que los hubiesen despojado; y que si rehusaban ceder sus Iglesias, los redujesen á esclavitud: lo que se puso en práctica no solo con el clero, sino tambien con muchos legos distinguidos.

Valeriano, Obispo de Abenzao en la Zeugitana, de edad de mas de ochenta años, fue sacado fuera de la ciudad, sin que le acompañase persona alguna que cuidase de él; antes bien se les prohibió á todos que le diesen el menor auxilio, ni aun abrigo en

(1) *Vict. Vitens. lib. 1.*

las ciudades ni en los campos. Egecutáronse estas cláusulas inhumanas tan puntualmente, que permaneció dia y noche á la inclemencia, privado de todo; y cuasi desnudo, el tiempo que un hombre pueda vivir en esta horrible situacion, la que acabó efectivamente con su muerte.

58. Un oficial del tirano llamado Proclo en la misma provincia, habiendo tomado por fuerza los vasos y ornamentos que el clero se habia negado á entregarle, llevó la profanacion hasta hacer que sirviese el paño del altar á los usos mas viles; pero súbitamente le acometió un accidente de frenesí, cortóse la lengua á pedazos con los dientes, y murió en esta especie de rabia. Entre los esclavos Católicos tocaron á un Vándalo cuatro hermanos, de los cuales el primero se llamaba Martiniano, y una jóven de otra familia de maravillosa hermosura llamada Máxima. Aunque era de pocos años, su prudencia y madurez la hicieron digna de que su señor la confiase el gobierno de toda la casa. Para asegurársela mas y tambien á Martiniano, á quien amaba del mismo modo, quiso el bárbaro casarlos; pero Máxima habia consagrado á Dios su virginidad. Viéndose sola con Martiniano, le confió su voto, y fácilmente persuadió á este digno confesor de la fe, á que respetase los derechos del Esposo Divino, á quien se habia consagrado, y diese á su inocencia un asilo mas seguro que la casa de un herege (1). Marchó Martiniano á concertarse con sus hermanos, y todos cinco se escapa-

(1) *Vict. Vitens. lib. 1. cap. 8.*

ron y se retiraron á Tabraca, los cuatro á un monasterio de hombres, y Máxima á una comunidad de vírgenes no distante de allí.

El Vándalo los buscó hasta hallarlos, los cargó de prisiones, y quiso no solo obligar á Martiniano y Máxima á cohabitar, sino tambien á abrazar el arrianismo con los otros tres, y á hacerse rebautizar. Genserico supo todo esto, y autorizó al dueño de aquellos piadosos cautivos para hacerles padecer los mas terribles tormentos, hasta que se conformasen con sus deseos. Golpearonlos con palos afilados á manera de sierra, hiriéndolos repetidas veces con tanta crueldad, que se les veían los huesos y las entrañas; pero á la mañana siguiente se encontraron sanos. Les pusieron maniotas, las que se rompieron tambien prodigiosamente á vista de un gran número de personas, y este hombre igualmente impío y tiránico fue herido de la mano de Dios él y toda su casa. Murió de repente; le siguieron sus hijos, poco despues sus esclavos, y luego sus rebaños; y su viuda por último recurso de su indigencia, vendió los confesores á un Vándalo pariente del Rey. Apenas los recibió este, cuando sus hijos y domésticos fueron atormentados de una manera igualmente horrible.

Por consejo de Genserico fue enviado este triste presente á un Rey moro llamado Capsur, que era Pagano. Desde entonces cobró Máxima su libertad, y vivió despues mucho tiempo en una comunidad de fervorosas vírgenes, de las cuales llegó á ser superiora. Los cuatro confesores fueron otros tantos apósto-

les entre los moros idólatras, y Dios dió tanta virtud á sus egemplos y palabras, que fundaron en poco tiempo una Iglesia floreciente, adonde atrajeron de los lugares habitados todavía por los Romanos unos sacerdotes capaces de cultivar este campo principiado con tanta felicidad. Genserico enfurecido con estas noticias, persiguió á los confesores hasta en aquel desierto, y se valió del influjo que tenia sobre Capsur para hacerlos morir muy cruelmente. Atáronlos á unos carros tirados de caballos fogosos, que los arrastraron por parages llenos de piedras y zarzas, hasta que sus cuerpos se deshicieron á trozos. Lamentábanse los moros viendo tal espectáculo, y se horrorizaron de tanta inhumanidad; pero hicieron los mártires tan grandes prodigios, que se mudó su luto en accion de gracias y en un culto sólidamente religioso.

59. Disputaba un Católico ilustrado llamado Satureo muchas veces con libertad y con gran ventaja contra los Arrianos, los que cansados y avergonzados de verse siempre vencidos por la fuerza de sus razones, le delataron por fin (1). Estrecháronle desde luego á que abrazase el arrianismo, amenazándole sin mas argumento, con que si no obedecía, le quitarian su casa, sus bienes, sus esclavos y aun sus propios hijos; y él lo sacrificó todo. Le dijeron que iban á desposar á su muger á quien amaba tiernamente con un conductor de camellos, y que ante él se la entregarían á este infeliz.

(1) *Id. ibid. cap. 12.*

Su muger supo pronto tal amenaza; y al momento se presentó á Saturo que estaba orando en un parage solitario. Tenia los ojos desencajados, el cabello esparcido, el vestido desaliñado y rasgado de desesperacion: lamentábanse sus hijos corriendo tras ella, y la seguian mas ó menos cerca segun las fuerzas de su edad, y tenia en brazos al último que mataba todavía. Arrojóse á los pies de su esposo, abrazóle las rodillas, las inundó de lágrimas, y le rogó con una voz que ahogaban sus sollozos, que se compadeciese de sus hijos comunes, que trajese á su memoria la nobleza de su sangre, y que no abandonase su esposa fiel á una infamia, cuya sola idea era ya su suplicio. De repente se enciende á estas postreras palabras su rostro, luego queda pálida, y cae de espaldas sin sentido y sin movimiento. Véase Saturo atormentado de la mas cruel perplejidad; pero al momento se acordó de lo que dice el Hijo de Dios, que cualquiera que no le ama mas que á su muger, sus hijos ó sus bienes, no puede ser su discípulo; y permaneció inflexible. Lo mas heroico de su constancia fue que no se le quitó la vida, y que privado de su muger en realidad y de cuanto poseía en el mundo, reducido á la mayor miseria, sin libertad para poder remediarla, sin salir del retiro que se le señaló, para que nada pudiera aminorar su pena, vivió aun largo tiempo sin nunca desmentirse su virtud. La Iglesia venera á este gran Santo el 29 de Marzo.

El orgulloso Genserico no se avergonzaba de aba-

tirse á toda especie de artificios y ficciones para hacer un apóstata: él mismo tentó á un cierto Arquimino con las mas bajas lisonjas, y con toda suerte de promesas; pero tuvo la vergüenza de no conseguir nada. Le condenó en su furor á que le cortasen la cabeza; pero envidiándole la gloria del martirio, mandó en secreto que si al momento de la egecucion se desanimaba el confesor, se le quitase la vida, y que se la conservasen si se sostenia con firmeza. Arquimino mostró la mas firme constancia, por lo cual no le quitaron la vida. Tal era el celo infernal del restaurador del arrianismo.

60. Solo un hombre endurecido en el sacrilegio pudo aumentar estos horrores; Yocundo, sacerdote Arriano, fue el que llevó al extremo el escándalo. Entre las personas de la casa del Príncipe Teodórico, hijo del Rey, habia un Católico llamado Armogasto, y la profesion de la fe verdadera en un cortesano se reputó al saberse como un atrevimiento digno de muerte. Atormentáronle mucho tiempo con cuerdas de intestinos, apretándole con ellas todos sus miembros; pero Armogasto hizo la señal de la cruz y las cuerdas se hicieron pedazos. Tomaron otras mucho mas fuertes, que tampoco resistieron á la virtud omnipotente del nombre de Jesucristo. Le colgaron por un pie con la cabeza abajo, y por el mismo poder de este nombre adorable, lejos de sufrir dolores en aquella horrible postura, se le vió dormir muy tranquilo como si estuviese acostado en el mas cómodo lecho. Entonces el Príncipe su señor quiso mandarle

degollar; pero el Presbítero Yocundo dijo, que aun habia otros castigos á los cuales podría ceder Armogasto; y que si se le quitaba de un pronto la vida con la espada, los Africanos le venerarian como un Mártir. No obstante, parece que no admitieron este consejo; y que el sacerdote tentador se cubrió de un oprobio infame y sin provecho. *617*. Menor era aun la crueldad de los Vándalos, que su sed de riquezas y su deseo de descubrir los tesoros que creían haber escondido los súbditos del Imperio despojados ya de sus tierras. Malieronse de toda especie de torturas para adquirir estos descubrimientos. De tiempo en tiempo estos codiciosos ladrones armaban navíos, é iban á buscar en los mares lo que el África agotada ya no podía dar á su insaciable codicia. El mismo Genserico ejerció la piratería luego que se vió sostenido por los auxilios de los moros (1). Hacia desembarcos todos los años por la primavera, ya en Sicilia, ya en Cerdeña, en toda la parte meridional de España é Italia, en la misma Grecia, y en las provincias del Imperio de Oriente, robándolo todo y llevándose multitud de esclavos, y otalando y destruyéndolo sobre todo las moradas mas católicas. Habia principiado por la Sicilia estas infames expediciones, en donde causó horribles desórdenes; y la isla iba á quedar arriunada sin remision á no haber tenido que volverse al África por la noticia de que acababa de abordar á ella el Conde Sebastian; yerno del

(1) *Procop. lib. 1. de Bell. Wandali. cap. 5.*

famoso Conde Bonifacio. Pero Sebastian perseguido como su tio, buscaba para si un asilo, y se unió luego con Genserico; el cual no obstante desconfió de él, ó se cansó pronto, y aun resolvió matarle; pero queria tener para ello un motivo plausible, y le buscó en la religion. Propúsole cierto dia ante sus Obispos y Oficiales que los dos debian tener una misma fe y un solo culto, así como tenian un mismo interés (1). El Conde Sebastian, ya sea que esperase esta proposicion maliciosa desde que vió disminuir su favor, ó ya por una súbita inspiracion de la gracia, que le hizo resolverse á espiar su rebelion con una solemne confesion de su fe, pidió que le llevasen un pan de la mesa del Rey. Entonces dijo: "para dar á este pan su sabor y blancura se ha separado el salvado de la harina, y la masa ha pasado por el agua y el fuego. Así sacándose de la masa corrompida, he sido purificado en el agua del bautismo, y confirmado por el fuego del Espíritu Santo. Príncipe, mandad dividir este pan, que le humedezcan en agua, que le amasen por segunda vez, y que vuelvan á cocerle; y si sale mejor haré lo que quereis." Demasiado comprendió Genserico la significacion del apólogo, y no supo qué contestar; pero buscó nuevos pretextos, y poco tiempo después quitó la vida á Sebastian. Este arte de privar á los Mártires de la gloria de su triunfo, logró al menos obscurecer la del santo Conde; pues solo en algunos martirologios, cuyo descubrimiento debemos

(1) *Vict. Vitens. lib. 1. cap. 6.*